

Prólogo

Siempre gana la batalla del espíritu quien advierte la nueva apertura de una gran experiencia (A. Andreu, *Sideraciones VI*).

Este ensayo es una mera reflexión sobre la revolución femenina del siglo XX, que por primera vez en la historia no solo se ha extendido masivamente en Occidente, sino que sus efectos repercuten y afectan hoy, en mayor o menor medida, a todas las mujeres del mundo, lo que supone una remoción en la forma de vida de cualquier civilización.

De ella nos interesa lo conseguido y, a su luz, lo por conseguir. Su impulso ha sido enorme y está dando un vuelco definitivo al régimen de la vida personal, familiar y, en consecuencia, social. La revolución solo ha empezado, y necesita advertencia y meditación para ser eficaz y positiva. Este ensayo pretende apelar a la conciencia personal de las mujeres tanto como a su conocimiento propio en la circunstancia en la que estamos, que ha superado y transformado la tradición milenaria de la cultura occidental. A pesar de la rapidez de su expansión, queda mucho por pensar, por prever y por organizar para que tal revolución sea fructífera y no se deje en el camino la humanidad, la generosidad, la compasión y la fuerza del amor. Para empezar, es imprescindible comprender la figura de mujer que alumbró nuestra civilización, pues su

fondo, en su pavorosa limitación, es lo que están transformando y superando las mujeres de hoy.

El cambio que para la vida de las mujeres ha significado la revolución femenina consiste en que han pasado de poner sus capacidades y realización personal en la única tarea de encontrar marido (para alumbrar hijos, cuidarse de su crianza y sostener el hogar), a luchar primero, o a encontrarse hoy, con la efectiva posibilidad de acceder a cualquier nivel de formación personal y a tener un proyecto (profesional) que ocupa un lugar importante, o muy importante, en su vida. Sin duda, su educación y su proyecto tendrán como resultado, cada día más, una mujer diferente de aquella que durante milenios se ofreció y se nos ofreció como modelo en la cultura occidental. Este cambio de trascendencia ilimitada e inimaginable, tanto en lo personal como en lo social, no ha supuesto de momento una sustitución de una tarea principal por otra y de una forma de vida por otra, sino que para una mayoría de mujeres se trata de compaginar casi lo imposible (embutir con calzador, en el horario diario, la multiplicación de obligaciones —las tradicionales y las nuevas—, contando, además, con que el trabajo profesional nos somete a hombres y mujeres a tal esclavitud de horarios y horas de trabajo que casi igualan el esfuerzo de los tiempos de antaño en que se trabajaba de sol a sol).

Esta revolución ha situado a las mujeres velozmente y sin apenas darse cuenta en el ámbito público (el de su profesión, como mínimo). En él han intentado emular a los hombres en el planteamiento y realización de las tareas a las que han ido accediendo, y han salido airoas (ellos llevaban realizándolas desde siempre); pero todavía no se han podido orientar por criterios propios, puesto que aún no los tenían.

En esa carrera parece que han dejado atrás la atención a sí mismas, requerida para *hacerse cargo y entender* el gran cambio que están protagonizando que, se vea o no, es también

interior. Por una parte, en el hogar, es como si la mujer, llevada por la necesidad, no hubiese encontrado todavía el camino armónico para atender la suma de tareas con las que se enfrenta, teniendo en cuenta que no quiere renunciar a ninguna de ellas, pero contando con que se ha alterado irremisiblemente el orden de importancia y el tiempo de dedicación que tuvieron antaño. Por otra parte, en el ámbito público, sería importante conocer *los supuestos de su actividad* acordes con su manera propia de sentir la vida.

La vida vulgar y de guion (trabajar para comprar) que hoy predomina en las sociedades ricas no da nada. El vacío se va extendiendo entre nosotros y aumenta cuando los deseos se orientan, solo o principalmente, a consumir cosas que ya son superfluas. Esa sola apetencia de lo nimio y superficial nos desarraiga gradualmente y sin descanso del fondo de la vida, de lo profundo. Y no puede en su insignificancia ni rozar siquiera una capa superficial del alma. En tal ambiente, el pensamiento crítico, fundamento de la salud e ilustración de una sociedad, se sustituye en una mayoría de gente por acciones sin esfuerzo y conceptos débiles sin responsabilidad personal (excepción hecha de minorías muy generosas y esforzadas). Solidaridad, paz, ecología, cambio climático, religiones orientales y costosísimos viajes relacionados con ellas son las estrellas espirituales en las sociedades occidentales. En nuestro tiempo, el mundo necesitaría una intervención creadora muy intensa de las mujeres, que no solo enarbolan desde el mito del paraíso la antorcha de la moral (del conocimiento del Bien y del Mal), sino que por primera vez en la historia se encuentran en su mayoría preparadas para su intervención en cualquier ámbito de la vida.

El replanteamiento del cambio de vida en las mujeres necesita, al menos, de dos tareas ineludibles: la primera, una MEDITACIÓN sobre el ser de la mujer, cuyo conocimiento es excesivamente precario e insuficiente para el funciona-

miento de la vida actual en todos sus aspectos (ya lo era en la vida tradicional). La segunda tarea, en el terreno práctico, exige acometer de una vez por todas la ORGANIZACIÓN social que considere a la par el trabajo del hogar y el profesional (desde luego, para hombres y mujeres en mutua colaboración). La aparición del trabajo profesional femenino implica una re-organización, al menos, de la distribución del tiempo (horarios) y del orden e importancia que asignemos a las tareas de la vida personal, familiar y social. No podemos vivir hoy solo como nos marca la tradición y fiando el resto a la improvisación. (No perdamos de vista las mujeres que la organización del hogar fue en los orígenes pergeñada, diseñada y dirigida por el varón.)¹ Y se tendrá que considerar que la misma salida de la mujer al ámbito público ha trastocado lo que fue su «que-hacer» único, además de alterar su valoración.

Puesto que la mujer es hoy una desconocida para sí misma (y para los demás), la *meditación* sobre *su ser* constituye la *conditio sine qua non* de cualquier actividad femenina consciente. En el hecho de acometer nuestro propio conocimiento podríamos reanudar la curiosidad originaria de Eva (para saber sobre el Bien y el Mal), pero esta vez dirigida hacia dentro, hacia nuestro interior. O enlazar con la figura de Antígona, que María Zambrano consideraba como «aurora de la humana conciencia» (*La tumba de Antígona*, 1967, p. 19). (La

¹ Recordemos que en Grecia el marido enseñaba a la mujer sus tareas domésticas, y que los autores renacentistas cristianos, Vives, Fray Luis, etc., lucharon también por educar/dirigir a la mujer; se trataba de que las mujeres trabajaran mucho en el hogar y así ahuyentaran el ocio que podía llevar al pecado. Las españolas, sin embargo, tenemos en Cervantes el reconocimiento de la libertad femenina en la elección del modo de vivir y en la elección del amor plasmados en la figura de la pastora Marcela, cuya defensa no solo sorprende sino emociona, porque la hace un varón cuya profundidad en el tratamiento del asunto muestra la avanzada y madura concepción de la vida en aquel momento, o al menos en su autor.

mujer, aunque puntualmente, ha ejercido su conocimiento y conciencia en la historia; y en ciertos movimientos espirituales tuvo un protagonismo acusado: en ciertas reformas religiosas como la del Carmelo, o en la mística.)

En lo que atañe a la segunda tarea, uno de los aspectos más urgentes para la sociedad actual es la *organización* del trabajo de manera que repercuta muy eficazmente en el ámbito del hogar, que es el familiar. No se trata (como en la actualidad) de compaginar, a base de cansancio, a veces de malhumor y de fricciones graves con la pareja, el doble o triple trabajo de la mujer; sino que se reclama una reforma general que, de llevarse a cabo, modificaría profundamente muchos aspectos de la actual organización social.

A estas dos tareas cabría añadir la contribución femenina en la búsqueda, valoración y transmisión de los aspectos espirituales necesarios para acercarnos lo más posible a una cierta plenitud de la vida. Vivimos en una sociedad que nos coge por el cuello, por supuesto con nuestro consentimiento, para conseguir solo dinero y alcanzar más comodidades a cambio de impedirnos demasiadas cosas. Entre ellas: cómo trabajar con gusto; cómo criar y educar a los hijos sin remordimiento por repartir nuestro tiempo y fuerzas entre ellos y el trabajo fuera del hogar, y con el ritmo de atención necesario para ellos y nosotros; cómo atender a nuestra formación y desarrollo espiritual, y cómo tener amigos con los que contar en nuestra preocupación por el mundo. En suma, una concepción más completa y más compensadora para la vida de todos pugna por nacer.

Abordar este estado de cosas es imposible sin unos requisitos o condiciones tanto en las mujeres como en los varones. Lo que ellos puedan comprender y el grado de generosidad que estén dispuestos a aportar, son fundamentales.

Este ensayo, desde la experiencia de la biografía *esencial* de una mujer (esencialidad de vivencias y problemas vitales), trata

de sugerir y ofrecer una serie de asuntos para pensar, que aparecen ya en nuestro modo actual de vida. El feminismo ha hecho mucho por las mujeres, y está muy atendido hoy en sus múltiples aspectos, pero es hora de completarlo poniendo y dirigiendo las fuerzas femeninas hacia el terreno de la construcción. Poco a poco se desplazarán para siempre las enormes injusticias que sufrió la mujer relegada durante milenios a «una marginalidad esencial». (Marginalidad que la dejó en la cuneta de la historia, aunque su función de aliciente sexual y reproductor del género humano no podía ser más que esencial.) Seguir enzarzándose en la consecución de los mismos derechos que ostentan los hombres será hoy ir por detrás de la realidad. En primer lugar, porque están ya prácticamente conseguidos. En segundo lugar, porque sin comprender del todo ni rectificar lo que debieran, los varones están en un terreno difícil: el de no perder sus privilegios y el de no contar con la fuerza que hemos ido adquiriendo las mujeres para salir del piélago en el que nos hundieron el final del matriarcado y las religiones «civilizatorias». Necesariamente tendremos que encontrarnos con ellos más en el terreno de la reflexión que en el de la espontaneidad; más en el de la comprensión de los modos de ser respectivos que en el de la imposición; y, especial y principalmente, lo más que podamos, en el terreno de la colaboración.

Pues bien, al concebir este ensayo alimentaba mis dudas el hecho de que dos filósofas europeas del siglo XX tan importantes como Hannah Arendt y María Zambrano, estudiadas por mí recientemente, dejaran al margen de su obra el tema de la mujer, especialmente Arendt. Aunque si sabemos leerlas, lo que hicieron fue desplazarlo del lugar central de su obra filosófica. Por diversas razones, parece que no consideraron compatibles su obra filosófica y su interés por lo femenino, al menos de cara al público.²

² María Zambrano escribió en su juventud artículos sobre la mujer en el diario *ABC* y en otros. En ellos criticaba los errores y omisiones de sus contemporáneas. Por ejemplo, a propósito de la visita de *miss* Margaret Bonfield

Pero cuál no sería mi sorpresa cuando, contándole a Rosa

(alcaldesa de Liverpool) invitada por los naranjeros valencianos, se quejaba de que «en España tenemos ausencia absoluta» de la «mujer política». (*El Liberal*, 2 de agosto de 1928, p. 3.) El artículo «Sobre el feminismo de María Zambrano: apuntes para el debate» (de Elena Laurenzi, publicado en *Meridiam*, Sevilla, 2004, n. 32, pp. 26-29) intenta rastrear en su obra el feminismo implícito de la autora. Últimamente acaba de ser editado un libro de textos zambranianos sobre el tema de la mujer: *María Zambrano. La aventura de ser mujer* (edición, selección e introducción de J. F. Ortega, Málaga: Veramar, 2007), en los cuales se manifiestan incontestables el interés y la clarividencia de la filósofa respecto al papel y las deficiencias de la mujer en la historia. Pero María abandona pronto este tema, al menos explícitamente. Porque si se sabe leer, hay asuntos importantes de su filosofía que llaman la atención por su «ambigüedad», que conduce a veces directamente a su opinión filosófica sobre la mujer. Precisamente uno de los lugares de esa ambigüedad está subrayado por Pino. Según este autor, en *La Tumba de Antígona* Zambrano saca a la luz, además del problema filosófico que le ocupa, algunas ideas sobre el ser de la mujer. Ni más ni menos su tesis sobre el alumbramiento de un hombre nuevo encarnado en la figura de una mujer: Antígona. El texto que transcribimos indica total consciencia de lo que ha sido la historia de la mujer, o de cómo ve Zambrano esa historia en su persona: «Seguiré sola con toda la vida, como si hubiera de nacer, como si estuviera naciendo en esta tumba. O acaso ¿no nací dentro de ella, y todo me ha sucedido dentro de la tumba que me tenía prisionera? Dentro de la familia: padre, madre, hermana y hermano, siempre, siempre así. [...] Iré a nacer aquí, ahora. Me han devuelto a la prisión de donde no había salido nunca, prisionera yo de nacimiento...» (*La Tumba de Antígona*, 1967, pp. 32-33). [Luis M. Pino, «Antígona: ¿Rebeldía o sacrificio? Apuntes en torno a la Historia», en Félix J. Ríos (coord.), *Documentos Congresuales, Interculturalidad, insularidad, globalización*, La Laguna, 3-5 de noviembre de 2004, p. 557].

Respecto a Arendt, algunas feministas la interpelan intentando «abrir un diálogo entre la teoría feminista contemporánea y su pensamiento» (cf. S. Benhabib, «La paria y su sombra. Sobre la invisibilidad de las mujeres en la filosofía política de Ana Arendt», en *Hannah Arendt. El Orgullo de pensar*, Barcelona: Gedisa, 2000, p.108). Pero disponemos de otros testimonios como el de su amigo de toda la vida, Hans Jonas, que aborda este asunto con claridad: «Estaba en contra del movimiento feminista y un día me dijo: “Estoy en contra. No quiero perder mis privilegios”, es decir, los privilegios de la dama al servicio de la que están los caballeros. En algún sentido, empero, sí era una feminista, esto es, desde el punto de vista de que las mujeres no solo son más vigorosas y vitales que los hombres, sino que al fin y al cabo saben y comprenden más acerca de las cosas humanas y el mundo,

Mascarell³ el trabajo en el que estaba, me contestó: «Se me pone carne de gallina al oírte, porque tienes que saber que María Zambrano me aconsejó por escrito, poco antes de morir, que entre “los deberes” que me ponía para el futuro estaba el de hablar sobre las mujeres a partir del año 2000». (Hoy Rosa es pintora, no sé si en algún momento cumplirá el encargo de María, inteligencia y preparación no le faltan.) Esta anécdota no solo me confirmó en el trabajo, sino que me hizo pensar sobre qué querría decir María: ¿Encontraba necesaria la reflexión sobre las mujeres en vistas al próximo milenio? ¿Creía que estaba maduro el tiempo para entrar en este asunto y lo pensaba irrenunciable encargándolo a una persona con nombre y apellido de la que conocía su modo de pensar? Zambrano, en su juventud, había apuntado hacia esa diana, pero la abandonó pronto. Seguramente porque vio que interferiría en su tarea filosófica y de filósofa, o que no había llegado la hora. De todos modos, me gusta pensar que este ensayo sigue la intuición de Zambrano, al menos en su oportunidad.

Valencia, noviembre de 2007

.....

mientras que la ceguera, el error y la obstinación son debilidades más bien masculinas». [*Memorias de Hans Jonas* (Proemio de Lore Jonas; Prólogo de Rachel Salamander; editado por Christian Wiese; traducido por Illana Giner), Buenos Aires: Losada, 2005, p. 309]. No habrá que olvidar tampoco que la primera obra que escribió Arendt muy joven (1933), antes de salir de Alemania, fue la vida de una mujer: *Rabel Varnhagen, vida de una mujer judía* (cf. mi libro *La búsqueda de la condición humana*, Valencia: Alfons el Magnánim, 2008, pp. 67-68).

³ Rosa Mascarell fue la joven filósofa a la que se encargó la ayuda a Zambrano cuando volvió del exilio en 1984 para la organización y clasificación de sus papeles y manuscritos.